

La novela es representativa de la expresión desenfadada y de los hábitos que ha adquirido un muchacho que se desenvuelve en un ámbito social santiaguino de la década del '80 que respira hipocresía y se estratifica comunicándose. La ruptura de vínculos familiares, afectivos, políticos y sociales es la norma que contextualiza las acciones del protagonista. La frivolidad del comportamiento se traduce en la rebeldía individualista, en el habla cínica y desprovista de recato de jóvenes que no esperan nada de la metrópoli mundana en que habitan ni de las maniobras que se tejen a la sombra de un plebiscito, donde “toda la gallada va a votar SI”; pero también se manifiesta en las predilecciones por la música “disco”, por las dosis de droga, por las ganas de fumarse un “pito” y por las “minas” que pululan en las discotecas y otros lugares nocturnos del Barrio Alto.

La obra es un verdadero catálogo de costumbre de un jovencito de clase acomodada, a quien le da “lata” todo, encontrando “apestoso” su entorno ambiental y hasta su propia persona.

Desde el punto de vista narrativo, posiblemente sea una novela demasiado extensa, provista de episodios inútiles o diálogos excesivos; no obstante resulta ser interesante y demostrativa del estado de abulia socio-existencial de parte de una juventud reventada de aburrimiento, tedio y mala onda.

Sin embargo, pese a la actitud pesimista-realista del relato, el narrador -al finalizar la acción- nos proporciona una esperanza (o más bien se la otorga al protagonista), pues, al igual que Nicanor Parra en algunos de sus versos, Matías se vitaliza positivamente, pedaleando en su bicicleta Benetto, mientras lo cubre la Virgen del Cerro con su sombra.

JUAN GABRIEL ARAYA

<https://doi.org/10.29393/At467-28RSLM10028>

RESCATE DE UN SUEÑO INTERRUMPIDO

De *Sergio Aubert Cerda*

Ediciones La Frontera, Santiago 1992

Sergio Aubert Cerda, arquitecto de profesión, nació en 1920 y falleció hace doce años, en forma súbita, de la manera inesperada que tienen algunas luces para extinguirse. En 1961, Sergio Aubert Cerda publicó su libro de cuentos *Los emigrados* (sus abuelos habían emigrado de Francia) que mereció apreciaciones elogiosas y justas de algunos críticos. Pero Sergio Aubert Cerda no era un literato que subsistiera con su propio eco. Acaso su formación universitaria le daba esa sencillez y cierta humildad que no tiene siempre un escritor de oficio, mas Sergio era un poeta de verdad. Alguien ha establecido últimamente que sólo era un poeta

aficionado; pero no cabe profesionalismo para la poesía como en el boxeo o en el fútbol. Puede ser poeta contenido un médico, un matemático, un arzobispo. Además, Sergio era un anticuario de gusto respetuoso y exquisito y hasta un medium adentrado en los misterios esotéricos. La paradoja reside en que todas estas virtudes que hemos citado muy sumariamente, el agraciado no las hacía notar y en su hogar presidido por su mujer, la poetisa Francisca Ossandón, se movía su figura gentil en los límites de un anfitrión comprensivo, generoso, siempre cordial y hospitalario, preocupado sólo del agrado y los brillos de los demás.

Y es una dicha que a doce años de su muerte, cuando Sergio sería todavía un hombre mayor movedido y activo, su viuda, la poetisa Francisca Ossandón Guzmán, encontrara, entre sus tesoros más ocultos, unos manuscritos, unos poemas en prosa de su reservado cónyuge. El hogar que Sergio Aubert Cerda dejó en flor había madurado, el recuerdo de su personalidad rebasaba el tiempo y se hacía presente sin ninguna confusión ni sentimentalismo. Los entendidos de nuestra villa literaria ya han comenzado a emparentar los límpidos poemas en prosa de Sergio Aubert Cerda con las visiones isócronas del hindú Rabindranath Tagore que un día, hace muchos años, anduvo entre nosotros con su túnica y sus sandalias de peregrino. Todo es posible; pero lo que interesa en este instante es que esta prosa poética se haya conservado y llegue a la letra impresa, sin la tutela irremplazable y rigurosa del poeta, pero digna y dueña de su resplandor.

Escribe Sergio Aubert Cerda, dando apoyo a lo que afirmamos, en "Pérdida", página 41 de su libro: "Tanta pérdida amontonada. Espléndida cosecha. Ya/ no hay donde guardarla./ Llamo y digo:/ -Muchacho, ve a la Sala de Juego y apuéstala. Juega/ Fuerte. Dicen que allí siempre se pierde. Disípala./ Regresa y dice: /-Nada de lo que me encargaste queda. Se fue toda tu cosecha./ En el juego la perdí. Pero no la vuelvas a amontonar/ que puede sonreírme la suerte".

Nada es perdido; el poeta de Calcuta, traído a nuestra lengua por el español Juan Ramón Jiménez y admirado hasta la paráfrasis por Neruda, reverdece y asoma entre los vivos y los muertos.

LUIS MERINO REYES